

Orrego Vicuña enfoca un aspecto parcial, y, a nuestro juicio, lo hace con claridad, amor y pasión.

Pero su estudio deberá ser completado. Porque era Mariátegui un americano de vocación magistral y no hay que entregar a la muerte como trofeo la posibilidad y la esperanza de su alto magisterio. Analizándolo, estudiándolo, difundiendo, combatiéndolo, libraremos su obra del olvido. Y cuando es la tragedia de una generación no tener un maestro entre los vivos, que sea la obra de un muerto digno y entero la que indique un camino en medio de la desorientación y el desconcierto.

No hay que interpretar el magisterio como la sujeción servil a las fórmulas vagas elaboradas por un santón intangible de místico prestigio. Ha de corresponder al maestro la virtud de la incitación y el estímulo. Fué lo que hizo Mariátegui desde *Amauta*, defendido y sostenido por la sencilla dignidad de su vida. Representante fiel de esta generación, no podemos juzgar su obra en su plenitud porque, más que una obra hecha, es una obra que se está haciendo. De él partió el impulso inicial. Quedó la pauta breve de lo que alcanzó a dejar escrito. Pero en él se mezclan el hombre de letras y el hombre de acción, el pensador y el político, y si es posible admirar la trayectoria de su talento claro y analítico, no sabemos hasta donde pudo llegar en la realidad el mundo ideal a cuya construcción sacrificó su vida.—*Roberto Meza Fuentes.*

JOAQUÍN COSTA. El gran fracasado, por *M. Ciges Aparicio.*

La biografía de Costa ha venido a enriquecer la colección de biografías noveladas que, sobre españoles del siglo XIX, publica la editorial Espasa-Calpe (1). Antes de examinar el libro, debemos dejar constancia de que la personalidad del eminente polígrafo de Graus no se ajusta al patrón de la serie. En efecto, los once años del siglo que corre que le tocó vivir a Costa (murió el 8 de Febrero de 1911), fueron, a pesar de su forzosa reclusión en Graus, los más fecundos en actividades e iniciativas de todo orden, especialmente en lo que se refiere a su actitud política, en la que su republicanismo decidido tomó en más de una ocasión la forma de un apostolado evangélico. Sin embargo, el tema, la enorme personalidad de Costa, es lo único que puede salvar al libro, y lo único que interesa, a pesar del autor, como luego lo veremos.

Joaquín Costa, nacido en Monzón, en Septiembre de 1846, representa en España la voz más poderosa del nacionalismo perfecto, del patriotismo comprendido en la única forma en que los acontecimientos por que pasó la España del siglo XIX podían hacer factible para el engrandecimiento nacional. Y el mote con que lo bautiza el autor del libro que comentamos, «el gran fracasado», encierra la tragedia no tan sólo de Costa sino de España, porque el hecho de que la

(1) Madrid, 1930.

acción y la obra de una personalidad como Costa hayan fracasado totalmente en los momentos más decisivos de la vida española, significó el fracaso de España, palpable en todo el siglo XIX: fracaso de los pronunciamientos de los primeros treinta años, fracaso del gobierno isabelino, fracaso del carlismo, fracaso de la República, fracaso de la dinastía extranjera, fracaso de la restauración alfonsina, fracaso de la guerra colonial del 98, fracaso en fin de la nación toda, culminado con el fracaso absoluto que en este siglo han tenido la política (¿?) y la dictadura última.

En su vida, fracasada siempre, Costa adivinó como nadie y señaló los caracteres más agudos, de lo que se ha dado en llamar por los propios peninsulares el «problema de España».

Su vida fué una constante tragedia. Amargada por el mal de su patria, la miseria. Para estudiar, trabaja de peón caminero en las obras de Monte Aragón, donde lo coloca el arquitecto provincial Hilarión Rubio, «y es sabido que la jornada no era entonces de ocho horas», recalca el autor. Asiste como albañil a la exposición de París, de 1867, y le toca ver de cerca las inmoralidades, los abusos, los atropellos, que la gente de la Exposición, los delegados de su patria, cometen sin descanso. El 24 de Abril del año indicado escribe:

La gente de la Exposición son unos granujas, se beben los vinos de los expositores y hacen mil infamias.

Regresa a su patria a fines de 1867, y prosigue su vida trabajosa y mísera. En 1868, después de sacrificios dolorosos, consigue dar a la publicidad su primera obra: *Ideas apuntadas en la Exposición de París de 1867*. Al año siguiente finaliza sus primeros estudios y obtiene el grado de maestro superior. No desmaya ante el rigor de sus penurias. Quiere seguir estudiando, y al efecto en 1870 se traslada a Madrid, para seguir los cursos de Derecho correspondientes, y desde ese año la vida lo aprieta hasta la desesperación. El 12 de Abril de 1870 quiere suicidarse, y la fe religiosa, aún no extinta del todo, lo sostiene. Las anotaciones que de Costa han quedado sobre esta época de su vida, no muestran sino la permanencia de todo el dolor de la pobreza más absoluta. «He de arreglarme una muela, y no tengo dinero». Más adelante: «Me faltan botas, y para que me compongan las que llevo he de ponerme dos de un mismo pie». La vida sigue y la suerte no mejora para el hijo de labrador que quiso ser sabio. Siempre pobre, con alternativas escasas en que podía ganar pequeñas sumas, prosigue sus estudios: en 1873 se licencia en Derecho y en Filosofía y Letras; en 1874 se doctora en Derecho, pero no puede hacerlo en Filosofía por carecer de dinero para pagar los derechos de exámenes. Estudia y escribe con un tesón que pone en peligro su salud débil y enfermiza. Y en 1874 anota:

«Escribo con plumas de otro porque no puedo comprarlas. Y

soy doctor en dos Facultades. Y llevo un mundo de colosales proyectos dentro...»

Sus proyectos son las obras que dejó, los treinta y siete volúmenes que forman su testamento de gloria: *La vida del Derecho, Derecho consuetudinario, Introducción a la revolución española, Oligarquía y caciquismo*, etc., etc. En 1875, después de haber fracasado por intriguillas políticas en diversas oposiciones a cátedras de Derecho Político, en Oviedo y Salamanca, escribe:

Pensando que tantos títulos, trabajos, desdichas y labor tenaz, no eran bastante a darme dos reales diarios, hoy en 1875, lloré mas fuertemente.

Para poder vivir, entra a la Administración de oficial letrado. ¡Nunca lo hiciera! Después de vagar algunos años por Cuenca, Oviedo, San Sebastián, vuelve a Madrid en 1878 y se consagra a ejercer su profesión de abogado y enseña en la Institución Libre de Enseñanza, recientemente fundada en esa época. Pero las múltiples ocupaciones a que se dedicaba y los trabajos de investigación histórica que efectuaba, paralelamente a sus actividades profesionales, fueron causa de que la profesión no le diera la situación holgada y fácil a que por sus conocimientos y merecimientos tenía derecho a esperar. En 1888, mirando siempre el problema, para Costa presente en todo momento, de su subsistencia, abandona el ejercicio profesional, y se opone a notarías. Desempeña una en Jaén hasta 1894, en que pasa con el mismo cargo a

Madrid, donde queda de notario hasta su muerte, a pesar de que los últimos cuatro años, los pasó enteros en Graus, su pueblo querido, recluido por causa de su salud decaída y endeble y por la enfermedad incurable de su ánimo roto, desengañado y escéptico.

Tal fué su vida, amargada y triste. Pero en Costa, la vida, con ser un ejemplo notorio de esfuerzo y de consagración a las disciplinas más arduas, no representa nada, si se compara con su obra y con lo que ésta representa. Como dijimos, nadie como él expresó en forma tan clara y documentada la aguda crisis por que le tocó ver que atravesaba su patria. Crisis en todo sentido y de todo: hombres, sentimientos, ideas. Su voz, robusta y fuerte, gritó en su Patria la verdad, que en la vida de Costa no fué para España sino una larga admonición dolorosa. Su vida entera y su obra fueron una permanente consagración a resolver el «problema de España», de la patria que se desangraba, por la insignificancia de sus gobernantes, grandilocuentes como Cánovas, o menguados como Sagasta, y por la incultura general de la nación, agravada por la miseria del pueblo y por la carencia de un verdadero espíritu nacional, en todas las capas sociales. Porque—y esta ha sido la misión principal de Costa, como fué la de Ganivet—no es aceptable que el espíritu nacional español se manifieste en frases de opereta dichas por los señores de turno en el mangoneo político, mientras la realización de cada una de dichas frases costaba a la nación dinero, sangre y

vergüenza. Así con la restauración alfonsina, así con la guerra desgraciada del 98, así con el fracaso de la Unión Republicana en 1903. El ideario de Costa representa en España el mayor esfuerzo por sacar a su patria del marasmo político, a que las circunstancias y los hombres la condujeron.

Sus aforismos:

«Hay que echarle doble vuelta de llave al sepulcro del Cid», «El problema de España, consiste en escuela y despensa»,

son cauterios que de haberse aplicado oportunamente más de un desastre hubieran evitado. Su influencia ha sido considerable, y la mayor ironía que pudo jugarle el destino, podríamos decir, el postrer fracaso de este eterno fracasado, fué que su nombre, de republicano convencido, sirviera de estandarte en más de una proclama, como base, según Primo de Rivera, a la dictadura española, inculta e inmoral.

Ciges Aparicio ha querido encerrar la figura y la obra de Costa en el libro que comentamos, y ha quedado demasiado corto en su propósito. El libro, escrito detestablemente, da la impresión de una obra de encargo, hecha a la ligera y sin atribuirle mayor importancia. El autor, que hace veinte años compuso más de una novela estimable, fué director de diversos diarios de Zaragoza, en los años de mayor actividad costista, y lo conoció y conoce su influencia; pero la rapidez de que adolece la obra, su absoluta carencia de un plan orgánico,

y más que todo, la forma de mala crónica periodística en que está escrito, la hacen de lectura aburrida y dificultosa. Como dijimos, el tema del libro lo salva, pero en modo alguno la forma. Compuesto en épocas diversas, según parece, o más bien, al margen de los trabajos de periodista del autor, éste no se ha detenido a hacer una obra de arte ni siquiera tampoco de política. Que aunque Costa no fué nunca un artista, su personalidad merece que un artista se ocupe de ella.

No ha variado en absoluto Ciges Aparicio el tono del libro, del tono de polémica de diversos artículos de *El Liberal* de Madrid, que tenemos a la vista, en que comenta los aforismos de Costa, a que nos hemos referido, y que según nos informa Aníbal Bascuñán V., que nos los ha facilitado y residente en Madrid a la época de su publicación (Septiembre de 1929), produjeron gran revuelo en la opinión española, ya bastante soliviantada contra la dictadura opresora de Primo de Rivera. Puede decirse que estos artículos de Ciges Aparicio a que nos referimos son la única victoria de Costa, conseguida diez y ocho años después de su muerte. —*Abel Valdés A.*

NOVELA

SANGRE EN EL TRÓPICO, por *Hernán Robleto*.

Poco frecuente es en la literatura hispanoamericana la revelación